

ASÍ NO, NAMIR

La noticia corrió como reguero de pólvora por el pueblo: “¡¡¡ Un muro de la casa que estaban restaurando “Los Florencios” se ha derrumbado y hay un trabajador atrapado debajo !!!.

Cuando algo así ocurre en las grandes ciudades, pasa más desapercibido, pero cuando sucede en un pueblo, todo el mundo se entera y se conmociona. El desconcierto de los primeros momentos, la angustia de las familias de los trabajadores al no saber quien era el atrapado, hizo que aquella mañana que había empezado con la tranquila rutina de cualquier otra, se convirtiera en una angustiada espera de noticias.

Alrededor de la 1 de la tarde supimos quien era el obrero sepultado entre los escombros: Era Namír, el nigeriano, y estaba muerto.

Cuando lo supe, sentí, mezclada con una gran tristeza, la rabia y la impotencia que nos producen las grandes injusticias del destino, y recordé como le había conocido casi tres años antes . . .



- ***Lo siento Namír, no he podido conseguir alquilar la casa***, - el hombre, casi un muchacho, me miró con sus grandes ojos, negros y tristes, entendiendo lo que le decía más por mis gestos que por mis palabras.

Namír era nigeriano, muy alto y fuerte vestía un “polo” verde y unos pantalones vaqueros, algo raídos, que le habíamos conseguido en nuestro pequeño ropero .Había acudido unos días antes a la pequeña habitación que nos servía de “despacho”, porque alguien le habría dicho que en Cáritas quizá podríamos ayudarle. No le entendimos apenas, pero era evidente que necesitaba ropa y además un sitio donde alojarse, ya que, al parecer, desde

que llegó la semana anterior, vivía en una pequeña casa con otras muchas personas y debía marcharse de allí.

Le aprovisionamos de ropa y algo de calzado (lo que no fue fácil, pues casi todo era pequeño para él), y entre español, un muy escaso inglés, y mucha mímica, logré explicarle que iba a intentar conseguirle una casa que yo sabía que alquilaban en el pueblo. Le hicimos una ficha en la que constaba su nombre y su nacionalidad, y a la pregunta nuestra de si tenía papeles, nos dio una respuesta a la que ya estábamos acostumbradas: “No papeles”. Con mucho trabajo conseguimos hacerle entender que debía pasarse por el Ayuntamiento para que le proporcionaran la tarjeta sanitaria.

Al día siguiente hice la gestión de la casa, pero, a pesar de que el dueño me conocía (en el pueblo nos conocemos todos), no estaba dispuesto a dejar su casa a “gente de ésta”, como él decía, ya que, además de no cuidarlas demasiado, según él sabía por otros casos, a veces no pagaban bien al no tener trabajo.

Aunque yo comprendí sus razones, le insistí, explicándole que mientras Namír buscaba trabajo, quizá nosotros nos podíamos hacer cargo del alquiler un par de meses (ya lo habíamos hecho en alguna otra ocasión), pero no hubo forma de convencerle, ya que prefería tener la casa vacía, que alquilarla en esas condiciones.

Así que me tocó la ingrata tarea de comunicárselo al nigeriano, que pareció aceptarlo con el cansancio de la costumbre, y tras sonreírme y darme las gracias, se marchó calle abajo con paso cansino, mientras yo decía para mis adentros: “Suerte Namír”. Probablemente volvería otro día a por ropa cuando empezara a hacer frío, suponiendo que pudiera quedarse y encontrar algún trabajo, que le permitiera ir tirando, y sobre todo conseguir los ansiados “papeles”. Era uno más de la interminable lista de nombres de extraña fonética y caras de rasgos y color distintos a los nuestros, que de un tiempo a ésta parte llenan nuestras ciudades y pueblos, en busca de un sueño que no siempre se cumple.

Cuando yo era niña, en España no había más negros que Antonio Machín y el Rey Baltasar, ¡ah! se me olvidaba y “aquel negrito del Africa tropical, que cultivando cantaba la canción del Cola-Cao”. En el colegio, las monjas tenían una especie de hucha con la que se pedía “para el Domund”, y

que representaba la cabeza de un negro, negrísimo, de abultados labios pintados de rojo, que se abrían tragándose la peseta que, en el mejor de los casos, aportaba el donante. Y pare Vd. de contar, porque todos los demás éramos blancos, blanquísimos, y hablábamos nuestra lengua, todo lo más con algún acento regional. Teníamos, eso sí, como cosa exótica, a los gitanos, pero a eso ya estábamos acostumbrados.

Nunca entonces pudimos imaginar la tremenda avalancha de gentes de diferentes razas y diferentes culturas que íbamos a vivir años más tarde. Gente distinta, pero con un denominador común: la necesidad. Abandonan sus países huyendo de la pobreza, de la guerra, de unas condiciones de vida miserables, que no quieren para ellos, y mucho menos para sus hijos, y pagan muchas veces demasiado caro el precio de su sueño.

A nuestro pequeño “despacho” de Cáritas, llegan rumanos, búlgaros, polacos, todos ellos con nombres de fonética imposible, y algunos, muy pocos de raza negra. Por eso me fijé especialmente en Namir. No sabía cual habría sido su peripecia hasta llegar a éste pueblo de Castilla. Si había venido por canales más o menos normales, ó era un superviviente de esos terribles viajes en patera que nos estremecen una y otra vez desde los telediaros. Tampoco sabía entonces si volvería a verle, si tenía familia en su país, incluso si era universitario (se nos han dado casos).

Como es natural no podemos solucionarles todos sus grandes problemas, pero cada vez que alguno me pide algo que le puedo facilitar, siento una satisfacción quizá algo pueril, porque es una gota de agua en el mar, en ese mar que algunos de ellos cruzan en verdaderas cáscaras de nuez, pero creo que aunque sea un pantalón, un abrigo, o una manta, todo ello de segunda mano, o ayudarles a gestionar algún papel, sentirán como un bálsamo en la herida de su desarraigo, un alivio al ver que alguien les tiende la mano y les sonrío. Ya sé que no todo el mundo piensa igual, que hay mucha gente que opina que “nos están invadiendo”, que nos quitan el trabajo, que aumentan la delincuencia, que sobrecargan la Sanidad, y quizá todo eso pueda ser cierto en alguna medida y en algún momento.

Pero siempre que llegan a la “oficinilla”, sucios, mal vestidos, oliendo a una mezcla de sudor, humo y extrañas especias, me imagino a mi misma, abandonando mi país, mi familia, mis costumbres, mi cultura, todo lo que forma

mi vida y mis raíces, y todo ello envuelto en la más absoluta pobreza, con la barrera del idioma, y viendo en los ojos de los demás la indiferencia, cuando no el rechazo, y vuelvo a mi casa sabiéndome una completa privilegiada por tener todo lo que ellos vienen buscando, y que les es negado por tener la mala suerte de nacer un poco más allá que yo, en una región del mundo menos afortunada.

Por eso, cada vez que uno de ellos me da las gracias y mirándonos a los ojos, nos sonreímos, siento que el esfuerzo que para mi puede suponer dedicar algún tiempo a ayudarles, me compensa con creces.

Namir volvió algunas veces más, siempre con su mirada triste, a por más ropa y a preguntarnos con su reducidísimo vocabulario, al que sin embargo iba añadiendo cada vez más palabras, si sabíamos de algún trabajo para él: “cualquiera cosa”, decía con dificultad. Poco a poco íbamos conociendo algún dato más sobre su vida. A pesar de ser tan joven, tenía mujer y dos hijos, y su sueño era ganar algo de dinero para poder volver a su país y conseguir allí una casa . Por fin logró trabajo en la construcción, y nos lo contó lleno de alegría; aunque el trabajo era duro y no ganaba mucho, parecía que las cosas se le iban arreglando. Hasta que un maldito muro se cruzó en su camino.

Todos queríamos que cumplieras tu sueño y volvieras a tu país, pero así no, Namír, así no.

Maribel Egido

